



Núria Amat se estrena en la poesía con 'Poemas impuros'

LAURA FERNÁNDEZ

BARCELONA.- Núria Amat es tímida, incluso literariamente hablando. Por eso siempre había jugado a escribir poesía, pero poco más. Cualquier lector de su obra puede descubrir, aquí y allá, personajes poetas y versos más y menos perversos. Pero hasta ahora no se había atrevido a, como dice ella misma, «invocar a las musas». «Ahora ya sé cómo se hace pero no sé si volveré a hacerlo», dice. El resultado de su atrevimiento se llama *Poemas impuros*, lo edita Bruguera (bajo la batuta de Ana María Moix) y coincide en el tiempo con la llegada a las librerías de su nueva novela *Deja que la vida llueva sobre mí* (Lumen).

La pesada puerta la abrió Emily Dickinson. *Amor infiel*, falsa antología en la que la escritora recreaba la poesía de Dickinson, la llevó, sin casi darse cuenta, a escribir sus propios poemas. «Recuerdo que un crítico lo dijo. Dijo que lo que tenía que hacer era escribir mis propios poemas. Y le hice caso», asegura. «Siempre he escrito y leído poesía y siempre con un gran respeto. Para mí, los poetas son la fuente de la literatura», añade. Sin ir más lejos, confiesa, «mi primer libro fue una novela poema». Se refiere a *Pan de boda*. ¿Será casualidad que la publicación ahora de su primer poemario coincida con la de una novela que juega con la forma?

Narrada en actos, como una obra de teatro, *Deja que la vida llueva sobre mí* también juega con la poesía, deconstruyendo párrafos de los que gotean pensamientos, ideas, ¿confesiones? «No, no es una novela autobiográfica pero no sólo cuenta, hay pensamiento. Es una novela sobre la vida», dice. Como sobre la vida y el amor (y el desengaño) versan sus primeros poemas.

Versos «intensos»

Pero son cosas distintas. «Muy distintas», dice. «El poema es mucho más intenso. Lo llevas siempre encima», añade. Porque «cuando escribes poesía eres otra persona completamente distinta a la que eres cuando escribes una novela y me apetecía ser esa otra persona», dice. «Entrar en ese estado, como crítico, casi de enfermedad, de lenguaje enfebrecido, del que no puedes escapar cuando escribes poesía», agrega.

Lectora de Yeats, Shakespeare, Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, aunque sobre todo de Dickinson, Amat tiene una mesa para sus poemas y otra para sus novelas, es decir, escribe versos en una y prosa en otra. De sus versos, dice que «son un poco descarnados, sin pudor». De ahí lo de impuros. «Digamos que soy un poco deslenguada y que quiero romper moldes, escandalizar con la fuerza de la idea», asegura. Siempre ha creído que existen dos tipos de poetas, los que tienen claro desde jóvenes que lo suyo es la poesía y los que surgen en la madurez. «Yo soy de las segundas. Me he exigido un nivel y un estado interior muy concreto. Y con eso no quiero decir que estuviera deprimida ni triste, pero sí estaba pasando una crisis. Una crisis personal y literaria. Entonces surgió esa posibilidad de dejar de ser yo».